

Homo Furens:

El hombre como Guerrero

▣ **Emersson Forigua R.**

Especialista en Integración al Sistema Internacional
y Magíster en Relaciones Internacionales

▼ Foto: www.warriors



.....
"Aunque se ha parafraseado hasta la inutilidad la reflexión de Karl von Clausewitz en el sentido de que la guerra es la continuación de la política por otros medios, es el propio Clausewitz quien dejó claro que la guerra es una actividad social, un acto de violencia y fuerza, que implica una amplia movilización social con la que un actor trata de imponer a otro su voluntad".
.....

El contexto

La guerra es la más terrible, compleja y perdurable de las actividades humanas. Si bien ésta desarrolla una espantosa barbarie no por ello cabe reducirla a la simpleza, ya que aunque a juicio de muchos, saca a relucir todo lo primitivo, no por esto su ámbito de acción es menos complejo. Aunque se ha parafraseado hasta la inutilidad la reflexión de Karl von Clausewitz en el sentido de que la guerra es la continuación de la política por otros medios, es el propio Clausewitz quien dejó claro que la guerra es una actividad social, un acto de violencia y fuerza, que implica una amplia movilización social con la que un actor trata de imponer a otro su voluntad. Así mismo, Sun Tzu ha sido categórico al afirmar que *"la guerra es acontecimiento de gran trascendencia para el Estado, es territorio de vida y muerte, camino de la supervivencia o la extinción y no puede hurtarse al análisis"* (Ramírez Laureano, 2006: 93). De allí que se trate de una actividad que requiere de los más exigentes y rigurosos parámetros de reflexión, preparación y ejecución.

Estos exponentes de la guerra, así como cualquiera que esté familiarizado con la realidad de los campos de batalla o con ciertos aspectos de la historia militar y la literatura bélica, tienen claro que la guerra es una actividad temible, sobrecogedora y perturbadora, cuyos niveles de sufrimiento y destrucción alcanzaron cotas insuperables en el marco de las guerras totales, simétricas y asimétricas, del siglo XX. En la actualidad la guerra es objeto de un amplio rechazo y ha adquirido un marcado carácter impersonal que descansa en los avances de la tecnología militar, la propaganda y complejos procesos presupuestales o logísticos que distancian a los que conciben, dirigen o ejercen la violencia, de sus consecuencias. Esta suerte de asepsia suele ser ilusoria ya que la realidad de la guerra siempre termina filtrándose de muy diversas formas por las comisuras

de la sociedad, siendo un mundo que para los que no viven en él, es difícil de entender y para los que viven en él, es complejo explicar.

Las lecciones en la historia

Actualmente, así como en los siglos precedentes, millones de hombres y mujeres han luchado y caído en los campos de batalla. Para muchos de ellos el rostro de la guerra y su pesada carga de muerte y destrucción así como de incontables secuelas físicas, psicológicas o morales, son un agobiante y angustioso compañero de viaje. Durante miles de años se ha presenciado cómo *"millares de soldados mueren en combate, tristes, solos y amargados, sin ninguna convicción de sacrificio personal y sin satisfacción alguna"* (Gray Glenn, 2004: 73); estos hombres y mujeres han dejado este mundo maldiciendo la guerra, despreciando su pavorosa realidad y su gran crueldad. Erwan Bergot¹ en su libro sobre la batalla de Dien Bien Phu relató, haciendo referencia a un devastador ataque de la artillería vietnamita en preparación a la ofensiva contra la posición fortificada "Beatrice", que:

Los legionarios solo tendrán una palabra para describirlo: Dirán que fue el infierno. Pero esa palabra aun queda lejos de representar lo que fue, porque si imaginamos el infierno como el reino del fuego y la desesperación, no estamos pensando en el ruido. Y es por el ruido por donde comienza el horror. El diluvio que se precipita sobre la posición es de entrada un fragor continuo, una serie sin pausa de crujidos y explosiones que se apoderan de los oídos y aniquilan cualquier sensación.

¹ Erwan Bergot fue un antiguo Oficial del Ejército Regular Francés. Participó en la Batalla de Dien Bien Phu (Marzo 13 a mayo 7 de 1954) al frente de la Compañía de Morteros Pesados del Primer Batallón Paracaidista de la Legión Francesa. Fue uno de los 11.721 soldados franceses capturados tras la batalla y uno de los 3.290 que tuvo la suerte de regresar vivo tras la captura. Tras varios años de investigaciones y entrevistas construyó una extraordinaria narración de la batalla en su obra "Los 170 días de Dien Bien Phu". Su obra no es una historia de las estrategias de salón o de los estrategas de sofá, es una vívida narración de los hechos descarnados que enfrentaron los soldados en el campo de batalla. Fallecido en 1993, el Ejército francés lo honró poniendo su nombre al Premio Literario que entrega anualmente.

Es imposible moverse. Los músculos se licúan, los ojos se cierran, la mente queda vacía. La cabeza vibra, parece que está a punto de estallar. No es posible elaborar ideas coherentes. Solo pueden verse rostros que hacen muecas, ojos fijos y bocas torcidas (Bergot Erwan, 1979: 129).

Ante un ataque con cohetes a que fue sometida la infantería francesa, Bergot subrayó: *“La tierra tiembla y los hombres caen, destrozados, mientras gritan. El aire se vuelve irrespirable, saturado por el humo acre de la cordita. Es el apocalipsis. Dien Bien Phu queda devorado por el hierro y las llamas”* (Bergot Erwan, 1979: 401). Aunque un ataque con artillería o cohetes es una experiencia escalofriante el choque entre la infantería no deja de ser menos brutal. El propio Bergot narró, durante una noche de combates en la posición Eliane, que la lucha *“es una visión de pesadilla bajo la claridad amarillenta de las bengalas. Los viets suben por las laderas a centenares como si de olas se tratase. Y justo por debajo, en la cloaca en la que se han convertido los Campos Elíseos, se pude imaginar el cuerpo a cuerpo entre los legionarios y los bo-dois -Vietnamitas- que se disparan a boca jarro y se destripan con cuchillos y bayonetas entre rugidos”* (Bergot Erwan, 1979: 283).

Muchos escritores desde los tiempos de Tucídides o Jenofonte han retratado en sus páginas, vívidas descripciones del sufrimiento de los guerreros, de la dureza del combate, de sus execrables consecuencias y de la desconcertante forma en la que Ares logra conjurar en un mismo lugar lo mejor y lo peor de la naturaleza humana. Pese a lo anterior, los seres humanos no han dejado de luchar y es casi una certeza, que lo seguirán haciendo en el futuro ¿Por qué?

Las respuestas a esta pregunta suelen ser extensas, complejas y variadas, sin embargo una parte de la explicación se encuentra en el hecho de que la guerra es una actividad transformadora en la que los individuos, hombres y mujeres, se convierten en *“Homo Furens”*², en guerreros. Los individuos redefinen su ser para responder a las duras dinámicas de la guerra, ya que en

² El concepto de *Homo Furens* es propuesto por Glenn Gray en su libro *Guerreros: reflexiones del hombre en batalla* que fue publicado en 1966, 1970 y en español en el año 2004. Para él, el *Homo Furens* es una subespecie del *Homo Sapiens* que surge cuando el individuo se convierte en guerrero, transformando todo su ser y logrando subordinar a este otros aspectos de su personalidad, reprimir los hábitos de la vida civil y convertir al soldado, al combatiente, al guerrero, en una criatura diferente a la que fue en la vida civil bien fuera un obrero, un campesino o un oficinista.

.....
 “Se trata de experiencias que la vida civil no ofrece y que se difunden con un poderoso atractivo a través de la historia, la literatura, el arte, las películas, diversos tipos de publicaciones o relatos sociales, que tratan de recoger las realidades que durante siglos han impulsado a los guerreros y que en la actualidad lo siguen haciendo”.



▲ Foto: www.worriors

la guerra, "en esos momentos, si se quiere conservar la razón, si se quiere dejar de sufrir, si se quiere seguir siendo un hombre, no hay más camino que convertirse en guerrero. Se hace necesario hacerse con una carcasa y ponerla en pie con un gran esfuerzo de una voluntad que se niega a oír las peticiones de un cuerpo que quiere zafarse" (Bergot Erwan, 1979: 280), de modo que la opción es huir, esconderse y alejarse de esa terrible realidad. En ese proceso el individuo, convertido ahora en guerrero, además del miedo, el dolor, la crueldad o el sufrimiento, sentimientos que reafirman de forma incontenible su yo y su deseo innato de supervivencia, también suele encontrar experiencias gratificantes que ayudan a entender la presencia permanente de los guerreros y de la guerra en el acontecer humano, pudiendo estas experiencias ser catalogadas bajo el título de "los eternos encantos de la guerra".

.....
"La atracción de la guerra es vista como un retroceso, un regreso a una antigüedad molesta, atávica y oscura, es una herencia propia de bárbaros, belicistas o sanguinarios que de forma inevitable el avance de la modernidad, la cultura, la educación y la civilización harán desaparecer".
.....

Se trata de experiencias que la vida civil no ofrece y que se difunden con un poderoso atractivo a través de la historia, la literatura, el arte, las películas, diversos tipos de publicaciones o relatos sociales, que tratan de recoger las realidades que durante siglos han impulsado a los guerreros y que en la actualidad lo siguen haciendo. William Broyles, excombatiente de Vietnam, en 1984, durante unas conversaciones sobre las contradicciones inherentes al relato de las historias de guerra afirmó:

La mayoría de los hombres que han estado en la guerra tendrían que admitir, si son honestos, que en el fondo les encantó. ¿Cómo, se preguntaba, podía explicarse eso a la familia o los amigos? Incluso entre compañeros de armas se trataba de una cuestión sobre la que se tendía a ser cauteloso: Las reuniones de veteranos eran ocasiones incómodas precisamente debido a que en cualquier circunstancia resultaba difícil aceptar los aspectos alegres de la carnicería. Describir el combate como algo de lo que se podía disfrutar era prácticamente admitir que se era un bruto sanguinario (Bourke Joanna, 1999: 23).

Los guerreros y los encantos o la atracción de la guerra, en buena parte del mundo actual y en el marco de sociedades postheroicas³, suelen ser un tema tabú que es mirado con desdén o desprecio, para muchos se trata de asuntos propios de sociedades premodernas o de tiempos antediluvianos. La atracción de la guerra es vista como un retroceso, un regreso a una antigüedad molesta, atávica y oscura, es una herencia propia de bárbaros, belicistas o sanguinarios que de forma inevitable el avance de la modernidad, la cultura, la educación y la civilización harán desaparecer. Sin embargo, y cómo suele ocurrir muchas veces en los temas relacionados con la guerra, la situación está siendo vista con exceso de optimismo y profundos

3 De acuerdo con autores como Herfried Münkler o Edward Luttwak, las sociedades postheroicas son aquellas en las que prima una mentalidad en la que no se está dispuesto a realizar ningún sacrificio y que actualmente está más presente en las sociedades desarrolladas. Bajo esta mentalidad predominan las ideas de compromiso y negociación como herramientas a través de las cuales con dinero o concesiones políticas, se pueden alcanzar los objetivos de la guerra con un mínimo sacrificio.

sesgos. Glenn Gray⁴ en su obra *Guerreros: reflexiones del hombre en la batalla* desarrolla la idea del *Homo Furens* y dedica un espacio importante a reflexionar sobre los eternos encantos de la guerra. Allí pone de manifiesto que la guerra ejerce y continuará ejerciendo una poderosa influencia sobre los seres humanos porque en ella convergen tres placeres: el placer de ver, el placer de la camaradería y el placer de destruir.

El placer de ver hace referencia a la guerra como espectáculo. La guerra genera situaciones en la que hay algo excepcional por ver, es lo que la Biblia y Glenn Gray llaman "la lujuria de los ojos". Los ojos, dice Gray, no se contentan con lo familiar o la rutina, buscan la novedad, lo inusual, lo espectacular, lo extravagante y la guerra ofrece, como pocas actividades, incontables ejemplos de ello. Esta reflexión de Gray va más allá del simple acto de ver ya que el ser humano, como sistema y unidad integral, al contemplar algo extraordinario o impactante, como una batalla, se ve inmerso en un "espectáculo que puede progresar casi imperceptiblemente a una contemplación estética o a una contemplación de lo atroz, dónde el intelecto predomina" (2004: 57). Bajo estas circunstancias el guerrero se ve sometido a una experiencia extática donde la imagen de los combatientes en acción, sus equipos o las secuelas de la batalla sobre el paisaje, las estructuras y las personas, priman sobre todo lo demás, causando una impresión profunda y sublime en el guerrero.

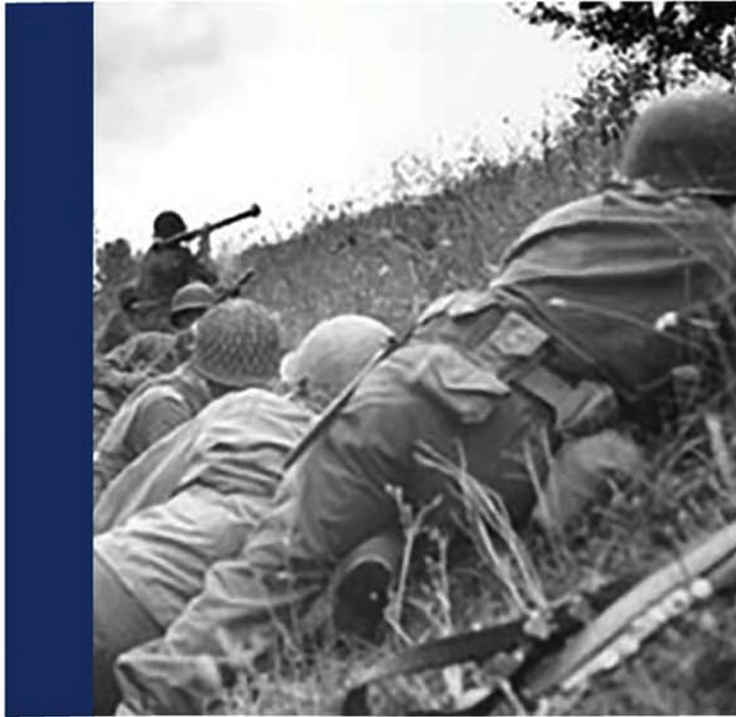
Las implicaciones

Cuando la guerra se muestra en el acto de la batalla o el combate, es increíble ver cómo, en medio de todo aquel caos, desorden y violencia "también hay color y movimiento, variedad, vistas panorámicas y a veces incluso proporción y armonía" (2004: 58), en muchos sentidos el guerrero se encuentra cara a cara con una muy particular forma de belleza. Fácilmente se puede creer que la modernización de la guerra y el siniestro rostro de las guerras asimétricas que predomina hoy día, ha eliminado cualquier pretensión de belleza o de placer al ver, sin embargo esto no ha sido y no es así. En las guerras simétricas este placer siempre ha estado presente tal y como lo narra Ernst Jünger en sus *Tempestades de acero*:

La aguja marcó al fin las cinco y cinco. Se desencadenó el huracán. Se alzó una cortina de llamas que fue seguida de un rugido súbito, nunca antes oído. Un trueno espantoso, que en su retumbar parecía engullir incluso los disparos de las piezas de máximo calibre, hizo temblar la tierra. El gigantesco aullido de exterminio de los innumerables cañones emplazados a nuestra espalda fue tan terrible que, en comparación con él, parecían juegos de niños incluso las más grandes batallas libradas hasta entonces. Lo que ni siquiera nos habíamos atrevido a esperar sucedió: La artillería enemiga permaneció muda; había sido abatida de un solo golpe gigantesco. No soportamos continuar dentro de las galerías. De pie, al descubierto, contemplamos asombrados el muro de fuego, alto como una torre, que encima de las trincheras inglesas llameaba y que quedaba semiculto tras el velo de unas hirvientes nubes de color rojo sangre (Jünger Ernst, 1983: 242).

Este relato de la Primera Guerra Mundial pone de manifiesto la fuerza del placer de ver en la guerra, una fuerza que puede llevar a los hombres a arriesgar sus vidas en combate para captar, con sus ojos, la imagen de un momento extraordinario, que no se presentará en ninguna otra parte, ni en ningún otro momento. Todas estas

4 Como él mismo lo menciona fue reclutado como soldado raso el 8 de mayo de 1941, el mismo día en el que recibió su grado de "Doctor en Filosofía" de la Universidad de Columbia en Nueva York. Sirvió un año en una División Acorazada, estuvo en una División de Infantería en África y como miembro de una unidad de contrainteligencia participó en las operaciones en Italia, Francia y Alemania. Fue licenciado con honores como segundo teniente el 28 de octubre 1945. Su trabajo se concentró en tratar de comprender como afecta al guerrero la guerra en general y la guerra total en particular.



.....

“Los ojos, dice Gray, no se contentan con lo familiar o la rutina, buscan la novedad, lo inusual, lo espectacular, lo extravagante y la guerra ofrece, como pocas actividades, incontables ejemplos de ello”.

.....

◀ Foto: www.warriors

imágenes de la batalla son, junto a miles más, una experiencia asombrosa y satisfactoria, un acto extático que perdura e impulsa a los guerreros.

Por su parte, el placer de la camaradería es uno de los más poderosos que genera la guerra y una de las mayores fortalezas de los guerreros. La camaradería hace referencia a la experiencia de la vida en comunidad, una vida que en el caso de la guerra se ve exaltada por la presencia, cierta y cercana, de la muerte. Esta experiencia abarca un muy amplio espectro de relaciones que pueden ir desde lo anónimo hasta lo más personal. La fuerza de la camaradería ha sido reconocida desde hace milenios y encontramos una de sus expresiones más recordadas en el discurso de Enrique V a sus tropas, antes de la batalla de Agincourt (Octubre 25 de 1415, día de San Crispín), cuando su primo, Westmoreland, se quejaba por los pocos hombres de que disponía Inglaterra

(5.900 a 7.900) para enfrentar a los franceses (25.000 a 30.000 hombres)⁵:

Enrique V: ¿Quién expresa ese deseo? ¿Mi primo Westmoreland? No, mi simpático primo; si estamos destinados a morir, nuestro país no tiene necesidad de perder más hombres de los que somos; y si debemos vivir, cuantos menos seamos, más grande será para cada uno de nosotros la parte del honor. ¡¡No desees un hombre más, te lo ruego!! (...) No querría exponerme a perder un honor tan grande, que un hombre más quizá podría compartir conmigo. Por eso, ¡¡no ansíes un hombre más!! Proclama, antes, a través de mi ejército, Westmoreland, que puede retirarse el que no vaya de corazón a esta lucha; se le dará su pasaporte y se pondrán en su bolsa unos escudos para el viaje

⁵ Las cifras en torno a los ejércitos contendientes en esta batalla son confusas, especialmente del lado francés. Estas cifras corresponden a las presentadas por Matthew Bennett en su obra *Agincourt 1415: un triunfo en inferioridad*. Juliet Barker, en su obra *Agincourt: el arte de la estrategia* plantea que el Ejército inglés rondaba los 6.000 hombres y revisando las crónicas de la época menciona que el Ejército francés disponía de entre 36.000 a 60.000 hombres. Tomando en cuenta las cifras, el ejército de Enrique V era superado en una proporción de 4 a 10 franceses por cada inglés.

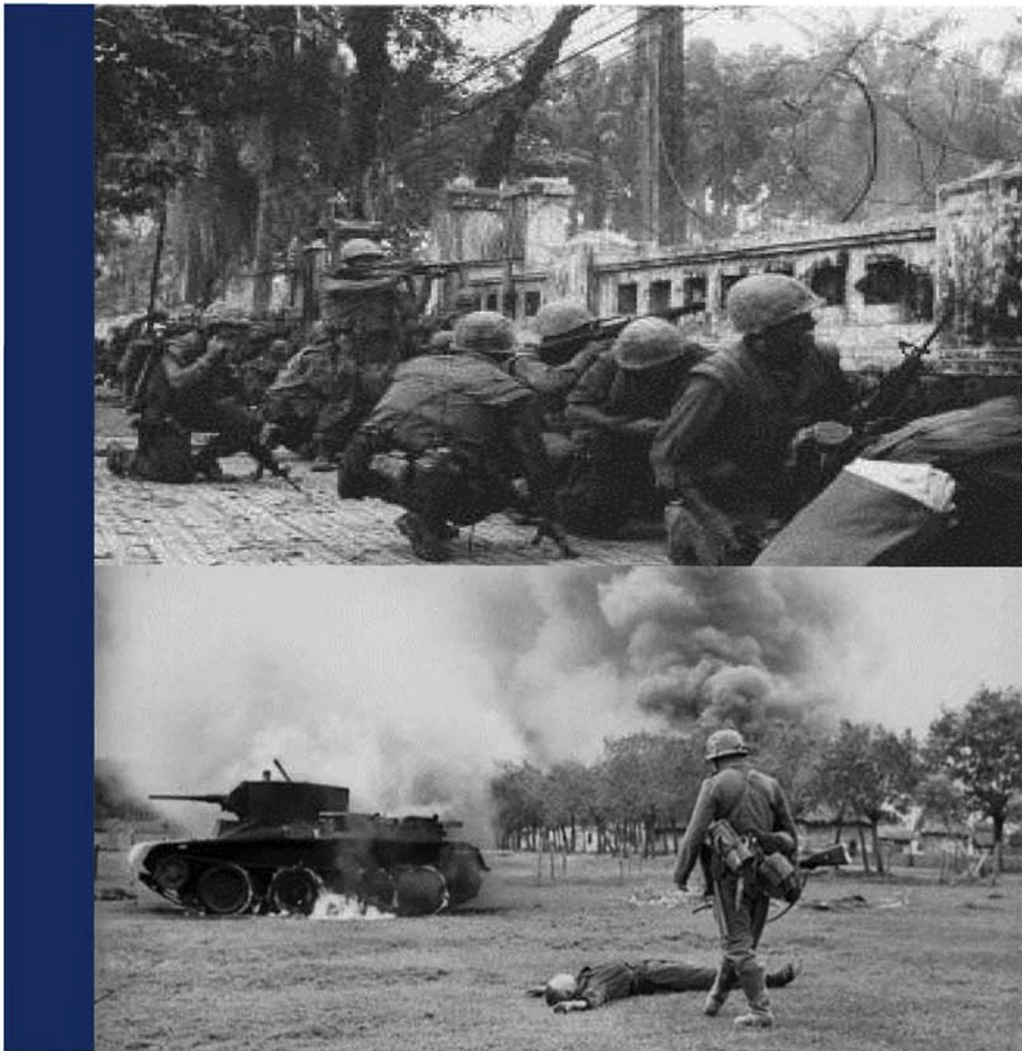


Foto: <http://www.fotopedia.com/>

porque no quisiéramos morir en compañía de un hombre que temiera morir como un compañero nuestro. Este es el día de San Crispín. El que sobreviva a este día y vuelva sano y salvo a su casa, se izará sobre las puntas de los pies cuando se mencione esta fecha, y se crecerá por encima de sí mismo al oír el nombre de San Crispín. El que sobreviva a este día y llegue a la vejez, cada año, en la víspera de esta fiesta, invitará a sus amigos y les dirá: «Mañana es San Crispín». Entonces se subirá las mangas, y, al mostrar sus cicatrices, dirá: «Recibí estas heridas el día de San Crispín». Los ancianos olvidan, pero incluso quien lo haya olvidado todo recordará aún las

proezas que llevará a cabo hoy. Y nuestros nombres serán para todos tan familiares como los nombres de sus parientes y serán recordados con copas rebosantes de vino: El Rey Enrique, Bedford y Exeter, Warwick y Talbot, Salisbury y Gloucester. Esta historia la enseñará un buen hombre a su hijo, y desde este día hasta el fin del mundo la fiesta de San Crispín nunca llegará sin que a ella vaya asociado nuestro recuerdo, el recuerdo de nuestro pequeño ejército, de nuestro pequeño y feliz ejército, de nuestra banda de hermanos. Porque quien vierta hoy su sangre conmigo será mi hermano; por muy vil que sea, esta jornada ennoblecera su condición. Y los caballeros que

*permanecen ahora en el lecho de Inglaterra se considerarán malditos por no estar aquí, y será humillada su hombría cuando escuchen hablar a uno de los que haya combatido con nosotros el día de San Crispín.*⁶

.....
"La vida civil tiende a desarrollar rutinas soporíferas que se ven acompañadas por una ausencia de sentido o propósito y aunque muchas personas se adaptan a esa situación, hay otras para las que ese mundo es inaceptable y allí es donde encuentra terreno fértil el Homo Furens, que desencadena fuerzas e impulsos que llevan a muchos a entrar con pasión a la guerra, a participar en ella e increíblemente, a extrañarla".
.....

En la batalla del día siguiente la banda de hermanos de Enrique V aniquiló al Ejército francés, obteniendo una victoria extraordinaria. Este discurso fue inmortalizado por William Shakespeare y ha sido una inagotable fuente de inspiración durante siglos ya que en él se pone de manifiesto la importancia de la camaradería y la capacidad que tiene para darle a los guerreros cohesión, siendo esta la piedra angular de la moral de combate. Esta es una fuerza cuyo poder da una tremenda ventaja a los comandantes y guerreros que logran desarrollarla y conservarla, siendo su valor en estos días tan alto como lo fue en la época de Enrique V.

El sentimiento de la camaradería surge de la conjunción de varios elementos. En primer lugar se puede mencionar que la camaradería se genera por una causa externa como lo puede ser "la defensa del propio país, la propagación de la única religión verdadera o una apasionada ideología po-

⁶ Dres. Juan O. Pons y N. Florencia Pons Belmonte, Discursos Históricos: William Shakespeare, <http://constitucionweb.blogspot.com/2010/02/discurso-de-enrique-v-shakespeare.html>.

lítica, puede ser una cuestión de honor o el rescate de una Helena de Troya" (2004: 66). Estos elementos, plantea Gray, son importantes y sin duda hacen parte de la camaradería sin embargo son muy abstractos, pueden tornarse confusos y ser una vana justificación cuando se enfrentan derrotas militares o cuando el agotamiento y la dura realidad de la guerra empieza hacer mella en los guerreros. En este punto surge el más importante elemento de la camaradería que es la determinación de los guerreros de no defraudar a aquellos que combaten a su lado.

En este sentido Gray menciona que "un número incalculable de soldados ha muerto, de más o menos buen agrado, no por su país, honor, religión u otro bien abstracto, sino porque sabían que si abandonaban su puesto y se salvaban a sí mismos, sus camaradas estarían expuestos a un mayor peligro. Esta lealtad hacia el grupo es la esencia de la moral en el combate" (2004: 67) que en la guerra genera un intenso sentido de pertenencia, comunidad y fraternidad en y hacia el grupo, que es lo que le permite a los guerreros afrontar las duras pruebas del campo de batalla. Es esa fuerza y no las teorías o ideas abstractas, la que impulsa y sostiene a los guerreros en las circunstancias más adversas de la guerra.

En segundo lugar la camaradería también se genera por la organización para un objetivo común y concreto. En la guerra, "los mandos saben que es importante que las fuerzas combatientes conozcan sus objetivos y que estos sean precisos... de allí que los oficiales pronto aprenden a odiar órdenes poco precisas o confusas de sus superiores" (2004: 69), ya que una meta "específica y limitada, y en cuanto mejor definida y delimitada, más dispuestos están los soldados, por regla general, a dejar de lado su instinto natural de supervivencia" (69), sus intereses o necesidades trascienden al in-

dividuo y el guerrero piensa como unidad o grupo. Estos elementos contribuyen a la camaradería porque la unidad *"toma conciencia de que están haciendo frente a un obstáculo que debe ser superado a través del esfuerzo común"* (69), lo que en la guerra adquiere una gran significación porque los guerreros son conscientes de que al tratar de superar ese obstáculo los está esperando el peligro y la posibilidad real de encontrar la muerte o de sufrir heridas muy graves.

En este punto el peligro es el factor central de la acción y *"para la mayoría de los soldados se cieme una ineludible impresión de irreversibilidad, esto va en serio... los hombres se dan cuenta de que han tomado un rumbo que no tiene marcha atrás"* (2004: 70) y que se debe afrontar esa situación como grupo, ese sentimiento y el enfrentamiento posterior actúan como galvanizadores de las unidades de combate. Bajo estas circunstancias los guerreros trascienden su libertad individual e ingresan en *"la libertad de la colectividad sintiendo una fraternidad hasta entonces*

desconocida, sin darse cuenta su <yo> pasa a ser un <nosotros>, <mi> se transforma en <nuestro> y el destino individual pierde su importancia capital" (70). Gray menciona que es así como los guerreros se ven cubiertos por sentimientos de libertad y poder que se originan en el esfuerzo común durante el combate, momento en el que la camaradería alcanza su máxima expresión, llegando a ubicarse en un lugar donde el guerrero entra en contacto con lo que Gray llama una *"convicción de inmortalidad"*, que hace el sacrificio personal más fácil en esos momentos.

Esta sensación de inmortalidad es el tercer elemento que genera la camaradería. *"Los hombres son verdaderamente camaradas cuando están dispuestos a entregar sus vidas por los otros, sin reflexionar y sin pensar en la pérdida personal"* (2004: 72). El sacrificio bajo estas circunstancias *"se percibe como difícil y heroico por aquellos que no han sentido este éxtasis fraternal"* (72). Esta voluntad de sacrificio que surge en la guerra y que se expresa a través de la camaradería, es bien recogida por el idioma



Foto: <http://www.fotopedia.com/>



Foto: es.wikipedia.org

alemán, allí “los hombres nunca mueren en batalla, <caen>. La expresión traduce exactamente el significado de sacrificio motivado por el sentimiento de camaradería. Puedo caer, pero no muero, pues lo más auténtico de mi persona continúa y vive aún en los camaradas por los que entregue mi vida física” (2004:73). Esta idea de sacrificio genera auténticas reacciones de repulsión y desconcierto en muchas personas, sin embargo ha sido, es y seguirá siendo, un elemento central de la guerra.

El tercer placer de la guerra es sin lugar a dudas el más poderoso de todos, siendo también el más oscuro y siniestro, aquí se hace referencia al placer de los hombres por la destrucción. Este placer es completamente perturbador e incomprensible para muchas personas, sin embargo, “quien haya observado hombres en el frente manejando la artillería, quien haya mirado los ojos de veteranos que vuelven

de una carnicería reciente o quien haya estudiado las descripciones de los sentimientos de las tripulaciones de los bombarderos mientras destruían sus objetivos, encontraría difícil escapar a la conclusión de que hay un placer en la destrucción” (2004: 77). Gray cita en su obra un relato del diario de Ernst Jünger, que describe el principio de la última ofensiva alemana el frente occidental durante la Primera Guerra Mundial, que refleja con precisión lo que se quiere transmitir:

Había llegado el gran momento. Se elevó una cortina de fuego de las primeras trincheras. Nos levantamos. Con una mezcla de sentimientos, producidos por la sed de sangre, la rabia y la embriaguez, avanzamos al mismo tiempo, pesada pero inquebrantablemente, hacia las líneas enemigas. Yo iba bastante por delante de la compañía, seguido de Vinke y de un veterano con un solo ojo llamado Haake. Mi mano derecha acariciaba

el cañón de mi pistola, la izquierda una fusta de bambú. Hervía de una furia loca, que incomprendiblemente nos había invadido a todos. El deseo abrumador de matar daba alas a mis pies. La rabia agolpaba lágrimas amargas en mis ojos. El deseo monstruoso de aniquilación, que sobrevolaba el campo de batalla, abotargaba las mentes de los hombres y los sumergía en una neblina roja. Nos llamábamos entre sollozos y tartamudeos, frases desconectadas e incoherentes. Un observador neutral podría haber pensado que estábamos poseídos por un exceso de felicidad (2004: 78).

Este relato pone de manifiesto el placer, el goce, la satisfacción, que invade a los guerreros al momento de destruir, tanto objetos materiales como a otros seres humanos. Por regla general las personas tienden a pensar que son incapaces de hacer o disfrutar algo como esto, sin embargo, muy profundo en los seres humanos esta fuerza siempre está latente. No es extraño que “miles de jóvenes que nunca sospecharon de la presencia en ellos de tal impulso han descubierto en la vida mi-

litar la excitación demente que proporciona el destruir” (78). En la actualidad es una fuerza poderosa que sigue presente en los seres humanos pero que cuesta aceptar o comprender.

Bajo este placer encontramos hombres y mujeres⁷ a los que alguna especie de fuerza sobrenatural o posesión demoniaca ha convertido en incontenibles e implacables instrumentos de destrucción, son auténticas máquinas de matar, individuos “que

7 Un ejemplo de esto es la guerrera samurái Tomoe Gozen, quien vivió en el siglo XII y es descrita por Jonathan Clements en su libro *Los samuráis: historia y leyenda* de una casta guerrera de la siguiente forma: “Con su piel blanca, cabello largo y rostro atractivo, Tomoe era la más bella. También era una arquera de gran fuerza y soldado animoso, a caballo o a pie, dispuesta a enfrentarse a un demonio o a un Dios, del valor de mil guerreros. Era soberbia en la doma de caballos salvajes, intrépida en los asaltos más crudos. Cada vez que empezaba la batalla, Yoshinaka la enviaba como primer capitán, con su pesada armadura, una gran espada y un arco poderoso. Ahora que todos habían caído o huido, ella estaba entre los últimos siete jinetes”. Así mismo, también se puede mencionar, entre muchos otros ejemplos, el escuadrón de pilotos soviéticas las “Brujas de la Noche” que durante la Segunda Guerra Mundial se convirtieron en una auténtica pesadilla para las Fuerzas alemanas junto con extraordinarias francotiradoras como Lyudmila Pavlichenko o Natalia Kovshova, que llegaron a contabilizar más de trescientas bajas cada una. En la actualidad las mujeres sirven en las Fuerzas Militares de decenas de países, participando activamente en conflictos simétricos y asimétricos donde también ellas se transforman en *Homo Furens* y conocen todas las luces y sombras que allí existen.

Foto: es.wikipedia.org



están poseídos por una furia que les hace capaces de cualquier cosa... Cegados por la ira de la destrucción y soberbiamente despreocupados por sus consecuencias, atacan al enemigo hasta vencer, morir o caer de agotamiento" (77). Este placer por la destrucción alcanza su fase más lóbrega cuando los guerreros ejercen su fuerza contra otros seres humanos, especialmente guerreros heridos o civiles, con consecuencias funestas para ambos. Aunque se han hecho ingentes esfuerzos por moderar esta fuerza destructora de la guerra a través del Derecho Internacional Humanitario (Derecho de la Guerra), los Derechos Humanos y la profesionalización de los guerreros para evitar excesos, el placer inherente a la destrucción hace que los alcances de estos esfuerzos sean limitados, pues este placer, así como ocurre con el placer sexual, una vez desencadenado no conoce la moderación o los límites, solo busca ser saciado.

Últimas consideraciones

Bajo este placer de la destrucción hay muchos guerreros que logran imponerse y mantener ciertos límites a las acciones que realizan sobre otros guerreros o los civiles, no siendo extraño que surjan sinceros actos de compasión, misericordia, altruismo y empatía, sin que esto pueda ser interpretado como una señal de que el guerrero ha dejado de lado los encantos que ofrece la destrucción. Sin embargo, también hay otros guerreros que como individuos o como grupo, se entregan a los aspectos más oscuros de la destrucción. Aquí surgen lo que Gray llama "soldados - asesinos", hombres y mujeres que realizan todo tipo de acciones execrables contra sus semejantes, desarrollando comportamientos psicópatas y acciones criminales de crueldad extrema que van más allá de las necesarias e inevitables acciones de fuerza que exige la guerra. En este sentido, ya Dostoievski en

su obra *Memorias de la casa muerta* con gran acierto decía:

Hay personas como tigres, ansiosas de lamer la sangre. Quien ha experimentado una sola vez el poder, el dominio ilimitado sobre el cuerpo, la sangre y el espíritu de otro hombre igual a él, que ha sido creado de la misma manera, que es su hermano por la ley de Cristo; quien ha experimentado el poder y la capacidad absoluta para humillar de la forma más denigrante a otra criatura portadora de la imagen divina, ése pierde por fuerza el control sobre sus propios sentimientos. La crueldad es un hábito: Es susceptible de desarrollarse, y de hecho se desarrolla hasta convertirse en una enfermedad. Estoy convencido de que el mejor de los hombres puede endurecerse y embrutecerse, por culpa de ese hábito, hasta el nivel de las fieras. La sangre y el poder embriagan: La grosería y la depravación se van desarrollando; la inteligencia y el sentimiento admiten las mayores aberraciones, y acaban por considerarlas placenteras. La persona, el ciudadano, desaparece para siempre, cediendo paso al tirano, y el regreso a la dignidad humana, el arrepentimiento, el renacer, se convierte en algo menos que imposible. Además, en vista de que se puede ejercer semejante tiranía, el ejemplo cunde y se extiende por el cuerpo social de forma contagiosa: Se trata de un poder muy seductor (Dostoievski Fiodor, 2004: 280).

Esta implacable reflexión de Dostoievski ayuda a entender, en parte, las muchas masacres y otros actos de inhumanidad que acompañan las guerras. En este punto el guerrero se degrada ya que, ante las consecuencias de sus acciones, termina convirtiéndose en la más oscura de las criaturas humanas, llevando una silenciosa pero pesada carga moral en la que la culpa por los hechos de crueldad cometidos atormentan su memoria, aturden sus sentidos y envenenan sus emociones, temiendo a cada paso el inclemente juicio

de Ares, quien pese su fiereza, es justo y generalmente mata a aquellos que matan.

Estos tres placeres y sin desconocer que los guerreros puedan llegar a encontrar otros, son los que aseguran al *Homo Furens* su supervivencia y con ello el de la guerra. La vida civil tiende a desarrollar rutinas soporíferas que se ven acompañadas por una ausencia de sentido o propósito y aunque muchas personas se adaptan a esa situación, hay otras para las que ese mundo es inaceptable y allí es donde encuentra terreno fértil el *Homo Furens*, que desencadena fuerzas e impulsos que llevan a muchos a entrar con pasión a la guerra, a participar en ella e increíblemente, a extrañarla. Este hecho se puede ver en los guerreros que han conocido la guerra y que luego son enviados a cargos administrativos o regresan a la vida civil, mostrando allí expresiones incontrovertibles en las que se pone de manifiesto la añoranza del reino de Ares, pese a toda su crudeza.

Gray menciona dos conversaciones que tuvo en 1955 con una mujer francesa y con un amigo alemán que habían sufrido cruelmente durante la Segunda Guerra Mundial la falta de alimentos, la ansiedad por la seguridad de su familia y la carencia de todo. En las conversaciones de forma espontánea surgieron las siguientes reflexiones:

La mujer francesa ahora vivía como una burguesa acaudalada con su marido y su hijo. Repasamos las desventuras de aquellos días de guerra y fue entonces cuando confesó muy seriamente que a pesar de todo, aquellos tiempos habían sido más gratificantes que el presente. <<¡¡Mi vida hoy en día es tan indescritiblemente aburrida!! -Exclamó-. Cualquiera cosa es mejor a que no ocurra nada día tras día. Bien sabes que no me gusta la guerra y que no quiero que vuelva. Pero al menos me hizo sentir viva, como no me había sentido antes, ni me he sentido desde entonces>>. El amigo alemán era ahora obeso, con un puro caro en la boca, habló de nuestros antiguos días

Foto: es.wikipedia





Foto: es.wikipedia

juntos hacia el final de la guerra, cuando temblaba, estaba hambriento y agobiado por la necesidad de procurar que su mujer y sus hijos no sufrieran demasiadas carencias. <<¡¡A veces pienso que aquellos tiempos eran más felices para nosotros que estos!!>> concluyó, y había una cierta desesperación en su mirada. No echaban de menos el pasado por nostalgia sentimental; confesaban su desilusión ante un presente estéril. La paz dejaba expuesto un vacío en ellos que las emociones de la guerra habían logrado mantener oculto (2004: 231).

Estas reflexiones sobre el *Homo Furens*, que busca matar y evitar que lo maten en contextos contradictorios y paradójicos donde la bondad y la crueldad, el valor y el miedo, la vida y la muerte caminan hombro a hombro, son pertinentes porque en la actualidad hay una tendencia muy fuerte a desvirtuar, ridiculizar o ignorar su existencia. El *Homo Furens* siempre ha estado ahí y lo seguirá estando porque no faltarán momentos en los que las sociedades lo necesiten para sobrevivir y seguir avanzando,

siendo el único que puede soportar tan pesada carga y continuar pese a todas las adversidades.

Bibliografía

- Bergot Erwan (1979). *La Batalla de Dien Bien Phu*. Barcelona: Editorial Malabar.
- Bourke Joanna (1999). *Sed de sangre: historia íntima del combate cuerpo a cuerpo en las guerras del Siglo XX*. Barcelona: Editorial Crítica.
- Dostoievski Fiodor (2004). *Memorias de la casa muerta*. España: Editorial De Bolsillo.
- Gray Glenn (2004). *Guerreros: reflexiones del hombre en batalla*. Barcelona: Inédita Editores.
- Jünger Ernst (1983). *Tempestades de acero*. Barcelona: Tusquets Editores.
- Sunzi. Traducción de Laureano Ramírez Bellerín (2006). *Arte de la Guerra de Sunzi*. Esfera de los Libros. Madrid. 🦅